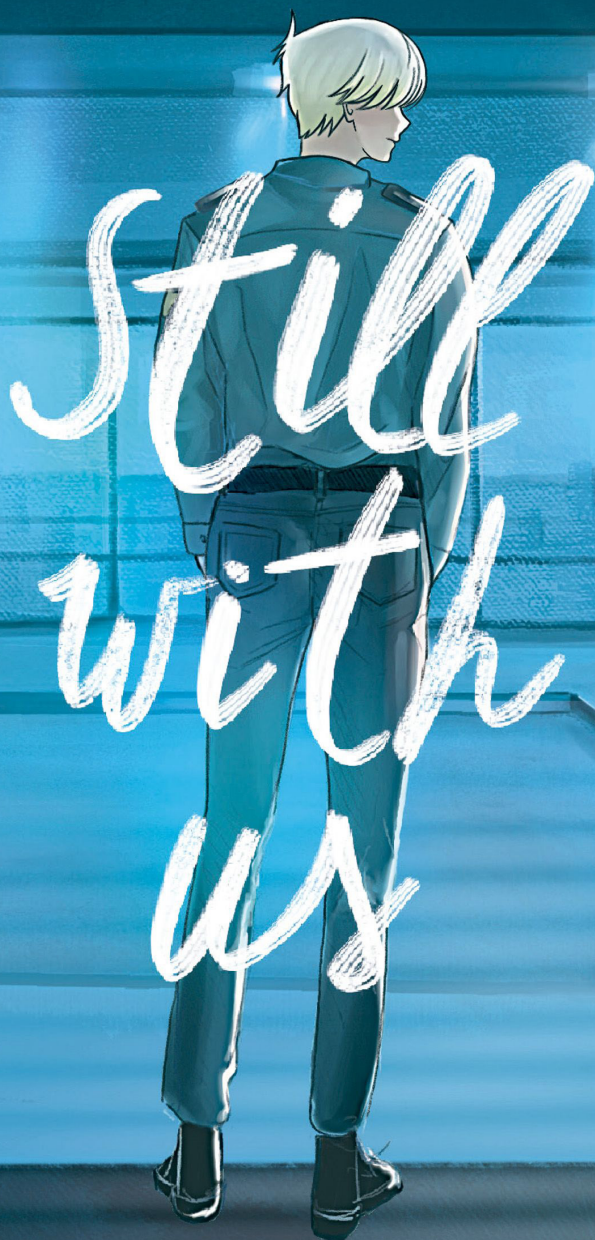


LILY DEL PILAR

EMERGENCY



LILY DEL PILAR

*Still
with
us*

1

El primer cuento infantil que Lee Minki escuchó de su abuela paterna trataba sobre los monstruos que se escondían debajo de su cama. El último que le contó, antes de morir producto de un cáncer que se extendió por meses, fue sobre los monstruos del laboratorio.

—Son una aberración —le aseguró con una voz que se apagaba en instantes—. Son unos monstruos.

Lo que su abuela desconocía ese día era que su propio hijo iba a convertirse en uno.

Pero su nieto sería el peor de todos.

Un 5 de octubre ocurrió el primer secuestro. Si bien se había pronosticado una jornada soleada y calurosa, durante el día el cielo de Daegu permaneció cubierto por nubarrones grises. Cuando Lee Minki estacionó a un costado de la calle para comenzar con la inspección, notó las gotas de lluvia golpeando con irregularidad las ventanas de la patrulla. No podía escucharlas debido a la música, su compañero de rondas últimamente tenía la costumbre de poner la canción «Bad Boys» de Inner Circle cuando se dirigían a constatar una denuncia. Era divertido, según él. Minki, por supuesto, pensaba lo contrario.

Apagó el motor y la melodía se acabó. Eran las diez de la noche.

—Que sea algo sencillo, por favor —pidió en voz baja su compañero. Jong Sungguk tenía los ojos rojos debido al sueño y al largo turno que todavía no finalizaba. Los días festivos siempre eran caóticos.

—Esperemos —contestó.

Los antecedentes recopilados por la telefonista de la policía se reducían a una denuncia por ruidos molestos. Considerando que era un barrio residencial antiguo, donde las viviendas estaban pegadas unas a otras, la llamada posiblemente la habría realizado una persona mayor fastidiada por su bullicioso vecino.

Tras quitarse el cinturón de seguridad, Sungguk lo imitó con movimientos torpes. Como no coordinaba bien manos y piernas, Minki fue quien enfiló primero hacia la casa. Un hombre mayor examinaba la calle desde la vivienda contigua, pero cerró la puerta al verlos. Debía ser el denunciante anónimo.

Con la lluvia empapando su chaqueta y deslizándose por la visera del gorro, Minki se detuvo llegando a la puerta. La muralla

divisoria, que marcaba el inicio del predio, no era muy alta. Al ser un barrio viejo que se había modernizado, aún destacaban un par de casas que mantenían la arquitectura original de cemento, ladrillo, madera y tejado de zinc; el resto ya había sido convertida en edificios residenciales de no más de cinco pisos de altura. Era un terreno pequeño, que explicaba en parte por qué todavía no había sido adquirido por alguna inmobiliaria.

En cuanto a la vivienda denunciada, parecía pintada recientemente. El vecino de la derecha, en tanto, había hecho una renovación completa. La residencia, que ahora presentaba una estructura moderna de cemento blanco, desencajaba entre los edificios residenciales del barrio.

Cuando Sungguk llegó a su lado acomodándose la gorra para evitar empaparse el rostro, lo detuvo con el brazo antes de que tocara la puerta. A un costado de la entrada, se divisaban unos pizarreños desacomodados.

—Ponte los guantes —pidió.

—¿Viste algo? —cuestionó Sungguk, a la vez que regresaba a la patrulla y sacaba una caja de guantes desechables. Se puso un par azul y le tendió otro a él. Minki iba a decirle que cerrase bien la puerta, pero se distrajo al apuntarle la pared que finalizaba en una techumbre gris.

—Esas tejas están rotas.

—Nada indica que fueron quebradas hoy —tras soltar aquello, Sungguk se percató del pedazo de zinc caído a un costado de la calle. Dio un largo suspiro—. Tomaste este caso a propósito, ¿cierto? Todo porque tu marido está también de turno y te da tristeza dormir sin él.

Minki volteó la mirada mientras se colocaba los guantes.

—No es mi marido.

—Prometido —se burló su amigo.

—¿Quieres morir? —lo amenazó sin mucho éxito.

Llegó a sus oídos la risa ronca de Sungguk junto a su respuesta:

—Algún día.

—Primero me lo tiene que pedir —contestó de forma cortante—. Y nadie asegura que le vaya a decir que sí.

Con un bufido, Sungguk llamó a la puerta antes de continuar.

—Finjamos que existe esa posibilidad considerando tu obsesión con él.

—Quiero que sepas que amo a Jaebyu...

—No lo había notado entre las trecientas veinte veces que lo mencionas por día.

Minki lo apuntó en advertencia.

—Como decía, lo amo, pero eso no significa que esté obsesionado con él.

—Claro —se mofó Sungguk—. En fin, no sé por qué te seguí cuando decidiste venir hasta acá.

—Éramos los únicos en la estación, idiota.

Ese día comenzaba *Chuseok*. Y como en cada festividad, en el cuartel de policías habían elegido de forma muy justa a quiénes les tocaría turno: jugando piedra, papel o tijera. Y como siempre ocurría, el dúo perdió. Minki tenía la ligera —y también irritante— sospecha de que sus compañeros estaban confabulados en su contra. Alguien en la comisaría debía estar haciendo algún tipo de trampa, porque de lo contrario era imposible que llevaran más de seis años perdiendo. No podían ser tan malos escogiendo el palito más corto, el papel con la marca, el número aleatorio en Excel o jugando a piedra, papel o tijeras.

Tras golpear una tercera vez sin recibir respuesta, Minki se rindió.

—Sungguk, ¿podrías comunicarte con la central para que averigüen si este domicilio ha recibido más denuncias?

Para molestarlo, Sungguk se llevó la mano a la frente imitando a un militar.

—¿Pregunto algo más, oficial Lee?

—Si tienen algún número al que llamar.

Mientras su amigo volvía al carro patrulla para hablar con la central, Minki tocó una cuarta vez.

Y esperó.

Esperó tanto que incluso le dio tiempo a Sungguk para regresar.

—Viven dos personas, de nombre Ryu Dan y Park Siu. El domicilio tiene varias denuncias —informó deteniéndose a unos pasos—. Todas de Mo Junho, el vecino, y casi todas por el mismo motivo.

—¿Ruidos molestos?

—Se queja de una televisión muy fuerte.

—¿Y hemos descubierto algo?

—Han probado con subir el volumen al máximo, pero desde la casa del vecino apenas se escucha un murmullo —su amigo se quedó meditabundo. Analizaba la casa contigua con la mirada empequeñecida—. Ahora que lo recuerdo, una vez me tocó venir aquí a constatar una denuncia.

Minki frunció el ceño.

—No lo recuerdo.

—Estabas con licencia —le aclaró—. Vine con Eunjin. Reclamaba que un gato le había robado un pollo. Pero —apuntó la puerta todavía cerrada para indicarle que se refería a ellos— no tienen mascotas. Nunca han tenido.

—¿Por qué siempre nos meten en discusiones tontas de vecindad? —alcanzó a decir Minki antes de que fuera interrumpido por el ruido de una cerradura digital. Entonces, la puerta de la casa de al lado se abrió y salió el hombre mayor que vio antes. Parecía haberse levantado de la cama exclusivamente para hablar con ellos, ya que vestía un pijama a rayas bajo la chaqueta. Como no se había molestado en sacar un paraguas, se cubría la cabeza con un periódico.

Tampoco es que le fuera muy necesario, creyó Minki, porque apenas tenía dos motas de cabello gris sobre las orejas. No le costaría secarse si la lluvia lo empapaba.

—Buenas noches, somos el oficial Jong y mi compañero es el oficial Lee —saludó Sungguk con tono cordial—. Estamos haciendo una inspección de rutina en el barrio debido a una denuncia.

El hombre chasqueó la lengua.

—Ya se callaron. Llegaron tarde, como siempre. Espero que algún día lleguen a tiempo.

Durante toda la infancia y adolescencia de Minki, la policía había llegado tarde a su domicilio. Al parecer no era el único que tenía el mismo problema.

Antes de que alcanzara a cerrar la puerta, Minki se le acercó.

—Señor, disculpe. ¿Nos podría compartir sus datos personales?

—Mi nombre es Mo Junho.

Así que era, efectivamente, el vecino de las denuncias.

—Señor Mo, ¿nos podría entregar más información sobre su reclamo? De lo contrario no podremos cerrar el caso.

Con un bufido de molestia, que le hizo ladear el periódico, y por ende mojar su cabeza, el vecino se encogió de hombros.

—Se escucha el ruido de una televisión.

—¿Algo más?

—¿Algo más? ¿A qué se refiere con «algo más»?

—Gritos, por ejemplo —contestó Minki con paciencia.

—¿Por qué habría gritos? —frunció las cejas—. Mi queja es sobre una televisión muy fuerte, no hablé de gritos.

—Hay pizarreños rotos —explicó Minki tras recibir una mirada de Sungguk.

—No sé nada de eso. Mi queja es por la televisión —insistió el hombre. El periódico ya se había empapado por completo, ahora las hojas se desarmaban sobre su cabeza—. ¿Esto es un interrogatorio, oficial? Porque si no lo es, entonces tengan el favor de autorizar mi retiro.

—Señor Mo, un momento —su amigo se le acercó unos pasos—. Dado que existió un reclamo por ruidos molestos y hemos

encontrado el tejado roto, nos preocupa el bienestar de su vecino. Son preguntas rutinarias.

El vecino bajó la voz y justificó su actuar con una simple oración:

—¿Bienestar? No se preocupen por él, es uno de *esos* monstruos.

Monstruos.

Minki había escuchado esa palabra durante gran parte de su vida.

Monstruos.

Su abuela había clasificado a los monstruos bajo su cama y a los que se querían meter en ella. También le había hablado de *esos* otros monstruos.

Se preguntó si las criaturas de ese hombre eran las mismas de su abuela. A *esa* clase de monstruosidades que el propio Minki pertenecía. *Esas aberraciones*, como le recordó ella las pocas veces que la vio.

Intentó no pensar en ello, estaba trabajando. Había hecho un juramento de proteger a todas las personas, incluso a aquellas que lo odiaban por ser lo que era. Así que, al percatarse de que Sungguk iba a moverse, levantó su brazo por delante de él.

El señor Mo observó a su amigo, luego a él. Su atención se quedó a la altura de su cinturón, como si intentase descubrir lo que escondía debajo de la ropa. Tras ello, arrojó el diario al suelo y sujetó la manilla.

—Dije todo lo que sabía. Buenas noches.

Sin darles tiempo para detenerlo, cerró la puerta. La noche parecía muda, el silencio apenas se interrumpió con el sonido del bloqueo del cerrojo.

Frustrado, Sungguk se quitó la gorra para sacudirla y se la colocó de inmediato. La lluvia se puso más intensa. Ahora las gotas salpicaban en los charcos y mojaban la parte baja de sus pantalones.

—¿Por qué siempre durante los días lluviosos ocurren los casos más extraños? —cuestionó Sungguk, mientras volvían a la casa misteriosa y golpeaba por quinta vez.

—No van a abrir —aseguró Minki.

Su vista estaba centrada en los pizarreños quebrados.

Como era una avenida de un sentido y sin vereda, con el coche patrulla ya estaban obstaculizando la pista. Para no destruir posibles evidencias, Minki le pidió que retrocediera y diera la vuelta en otra parte a un automóvil que se acercaba.

—Sé lo que quieres hacer —divagó Sungguk. Se había sentado de copiloto. Mantenía la puerta entreabierta para conversar con él—. Y te recuerdo que eso es invasión de morada.

—Lo dices como si fuésemos novatos.

—Dejé de ser rudo y malote —se burló Sungguk de sí mismo—, ahora soy un *bad boy*, *bad boy*.

Minki puso los ojos en blanco.

—Espero impaciente el día que te canses de esa canción.

—Eso no pasará, hazte a la idea.

Como se había distraído, Minki le hizo un gesto hacia la casa.

—¿Y? ¿Qué dices?

—Soy un padre preocupado que no puede ser amonestado, de lo contrario me amarrarán a una oficina y eso consume mi alma. Y no quieres que Daehyun se quede sin mí.

—También soy un padre preocupado —protestó Minki, su vista fue otra vez hacia la casa. Tenía la cadera apoyada contra el automóvil, por lo que podía sentir la humedad colándose entre las capas de ropa—. ¿Pero no eras un *bad boy*? Seguir las leyes no te convierte en uno.

Escuchó que su amigo tamborileaba el plástico de la puerta, sus uñas raspaban la zona. La lluvia continuaba sin dar tregua. Supo que Sungguk se había rendido a su idea al oírlo soltar un gruñido.

—Lo haré si ambos fingimos demencia y no lo registramos en la ficha de inspección.

—¿Escalas tú o yo? —propuso Minki.

Sungguk clavó la mirada en su vientre.

—¿Para qué preguntas si sabes la respuesta? Lo haré yo.

Tras salir de la patrulla, Sungguk se metió otro par de guantes en el bolsillo. Ambos caminaron por el costado izquierdo de la muralla, para así no estropear el tejado de la derecha donde podría haber evidencia. A continuación, Minki posicionó una rodilla en el piso y dobló la otra pierna para improvisar un escalón. Cuando Sungguk se apoyó en su muslo para saltar y afirmarse de las tejas sobre el muro, ensució con barro su pantalón azul.

Los años como padre le estaban menguando el físico a su amigo, porque a este le costó mantener el equilibrio.

—La puerta de la casa está abierta —anunció Sungguk desde las alturas. Hubo una pequeña pausa donde Minki percibió que su postura se ponía rígida—. Pasó algo aquí.

—¿Qué ves?

Sungguk se quitó la gorra y la llevó al pecho, la lluvia le empapaba el cabello.

—Hay mucha sangre en la entrada.

Lee Minki recordó otra tarde de lluvia de hacía siete años. En aquella oportunidad, la historia había comenzado con una denuncia por malos olores que los llevó a descubrir a un joven, de diecinueve años, encerrado en el ático de una vivienda.

En el presente, Jong Sungguk lo observaba esperando instrucciones, porque con aquel caso había aprendido a escuchar a sus superiores antes de aventurarse en una nueva denuncia. Se había colocado la gorra, por lo que parte de su rostro quedó ensombrecido. A pesar de eso, Minki podía divisar sus labios apretados mientras permanecía sentado sobre el tejado, con cada pierna colgando por un lado de la pared.

Consideró si debía pedir refuerzos, lo que conllevaría interrumpir el descanso legal de alguno de sus compañeros. Siendo el mayor de ambos, y también quien estaba a cargo, le tocó a Minki tomar una decisión:

—¿Puedes saltar al interior de la casa? —preguntó.

Su amigo examinó el antejardín. Asintió con decisión, a la vez que se levantaba con algo de torpeza. Quedó en cuclillas sobre las tejas, una de ellas crujió en protesta. Sungguk se quitó los guantes para mejorar el agarre y, colgándose del zinc, se perdió al caer al otro lado de la muralla. Minki escuchó su queja y su resoplido pesado.

—¿Estás bien? —alzó la voz.

Unos zapatos aplastaron un charco.

—Creo que ya no tengo las rodillas de antes —respondió Sungguk—. Ser padre me ha quitado puntos de juventud.

Minki golpeó la puerta para llamar su atención.

—Abre —pidió—. Y no te olvides de los guantes.

—Lo sé, señor —ironizó su compañero.

Oyó un crujido metálico, que se asemejaba a un pestillo oxidado. Segundos después, se abrió la puerta y apareció Sungguk. No tenía la gorra, debía haberla perdido en la caída. Minki lo hizo notar.

—Espero no haya caído en el charco de sangre —dijo al ingresar a la casa y juntar la puerta tras él.

El antejardín era estrecho, no más ancho que la estatura de una persona promedio. La casa tenía un único piso. Blanca, con dos ventanas hacia el frente y una puerta que permanecía abierta. Adentro, una cueva negra. Y justo en la entrada, una mancha alargada que se perdía en el interior. Con su linterna apuntó el charco. Color carmesí. Todo indicaba que alguien, con una herida profunda, había sido arrastrado para posteriormente ser alzado en brazos, ya que en el suelo quedaban unas gotas grandes de sangre. La lluvia había deslavado parte del rojo, así que podría estar malinterpretando la abundancia de la sangre.

Se llevó una mano a la boca para pedirle silencio a Sungguk, quien había recuperado su gorra. Ambos sacaron su arma de servicio, le quitaron el seguro y la sostuvieron manteniendo la linterna sobre la culata.

—Sungguk, a la izquierda —ordenó con un gesto de barbilla. Su amigo asintió.

Rodearon el charco para no pisarlo. Al ingresar a la casa, Minki marchó a la derecha y su compañero en sentido contrario. El piso de madera crujía bajo sus pisadas. Existía un único sofá de dos cuerpos poco usado y una mesa de centro junto a una televisión.

Encontraron más rastros de sangre.

No había indicios de haberse llevado a cabo una riña física. Los muebles no estaban desacomodados. Un florero de porcelana blanca permanecía intacto sobre la mesa de centro, los lirios a punto de marchitarse. Al fondo, dos puertas. El rastro de sangre apuntaba hacia la derecha.

Sungguk se colocó delante de él y lo empujó con el brazo para que se fuera a la otra entrada. Minki negó con un gesto seco y prosiguió su camino. Avanzó de forma suave, agudizando el oído por si captaba algo extraño. Lo único que escuchaba era la lluvia contra el tejado.

Le dieron un vistazo rápido a la cocina, también sencilla y pequeña. No existían más que muebles contra la pared y, en el centro, un contenedor de plástico donde había restos de un *kim-chi* a medio hacer. Había otra puerta al fondo del cuarto, el rastro de sangre venía desde esa dirección.

Avanzó.

Llevaban tantos años como compañeros que, al captar unos pasos a su espalda, supo que era Sungguk porque su tobillo tendía a crujir cuando caminaba de forma ligera. Su amigo se adelantó e ingresó primero a la última habitación.

Era un baño.

Y en la ducha se marcaban aún las gotas de sangre en la cerámica.

Sungguk encendió la luz. Minki tuvo que pestañear para acostumbrar sus ojos a la repentina luminiscencia.

—No hay nadie en casa —anunció Sungguk, mientras le colocaba el seguro a su arma y la guardaba otra vez en su cinturón. Minki lo imitó.

—¿Qué encontraste?

—Un cuarto aseado, nada más.

—Tendremos que llamar a los detectives —dijo Minki analizando por segunda vez el cuarto de baño. Notó que las cortinas de plástico estaban rotas en las argollas, alguien se había sujetado a ellas.

Regresaron a la cocina. Sungguk también encendió la luz.

—Al menos no será a nosotros a quienes se les extienda el turno —bromeó Sungguk—. Daehyun me cobra quince mil wonnes cada vez que llego tarde. Si sigo así, se me irá todo el dinero de las horas extras.

Solo para sentirse útil, porque sabía que los agentes revisarían hasta el último recoveco, le echó un vistazo a las encimeras por si encontraba algo relevante.

—Debería hacer eso con Jaebyu, a ver si así deja de hacerle el trabajo a su jefa —comentó Minki.

—Tú también haces horas extras —lo defendió Sungguk.

—Pero menos que él —rio sin humor—. En cualquier momento los mellizos me van a preguntar si tienen un solo padre.

A un costado del lavamanos, había un set de madera para guardar cuchillos. Faltaba el del medio. Le sacó una foto.

—Pensé que habían acordado que Jaebyu haría menos turnos dada tu condición —observó Sungguk.

No era que Minki estuviera enfermo, aunque podría catalogarse así. Al menos los vómitos habían finalizado.

—Digamos que no estamos en el mejor momento de nuestra relación —evadió el tema. No quería hablar de ello, sobre todo porque no quería aceptar que, el amor de su vida, el hombre del que llevaba enamorado una década, lo evitaba. Así que decidió barrer sus problemas bajo la alfombra y fingir que nada ocurría.

Así duele menos, pensó con pesimismo.

Sungguk también le sacó una fotografía al set de cuchillos y prosiguió haciendo imágenes y videos del resto de la casa. La lluvia al fin cesó. El único ruido externo era de las gotas que golpeaban el suelo desde la canaleta.

—Ya lo superarán —Sungguk lo tranquilizó. Se le acercó para darle un golpe en la cabeza que no fue para nada delicado—. Solo está preocupado.

—Vaya manera de demostrar su preocupación —se quejó Minki—. Tiene mucho sentido dejar de hablarle a alguien porque estás preocupado por ese alguien. No lo sé.

—¿Qué puedo decir? —Sungguk se encogió de hombros, estaba concentrado grabando la sala de estar—. Somos estúpidos, no nos pidas más de lo que podemos dar.

—Estúpido serás tú —contestó avanzando hacia la sala de estar donde encendió la luz—. Jaebyu nunca lo ha sido.

Al no saber cómo defenderse, Sungguk dio un aplauso que resonó en aquella cáscara.

—En fin, ya hice videos, ahora podemos llamar a los detectives.

En el instante que ambos se voltearon hacia la entrada, captaron el crujido metálico de la puerta principal y una cabeza desapareciendo tras ella. La persona corrió hacia la calle, Minki reaccionó de inmediato.

—¿Minki...? —jadeó Sungguk.

Dio un salto para evitar el charco de sangre. Al salir, escuchó el rugir de un motor y el aroma del caucho contra el cemento. Corrió hacia la patrulla, que todavía permanecía con las luces encendidas y la puerta de copiloto abierta. Se posicionó tras el volante y puso en marcha el auto, a la vez que Sungguk saltaba al otro asiento. Su amigo alcanzó a afirmarse de la guantera cuando apretó el acelerador hasta el fondo. Al doblar a la izquierda en la primera intersección, sintió el manubrio pesado. A los metros se divisaba una camioneta de trabajo, su uso era muy común por esa área de la ciudad. No tenía matrícula.

Tras soltar el acelerador para estabilizar el automóvil, Minki se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Crees que sea el responsable? —cuestionó Sungguk. Había descolgado el intercomunicador y buscaba la frecuencia correcta.

—Demasiado sospechoso que haya escapado, ¿no crees?

—10-0, 10-0 —cantó Sungguk en la radio—. *Solicitamos 10-1. Patrulla 615 en persecución de camioneta sin matricula, modelo Hyundai Porter H100. Se asiste a denuncia por ruidos molestos, encontrando evidencias de un posible secuestro. Sangre en casa y sin indicios de cuerpo. Sospechoso escapa por Palgeocheonseo-ro hacia el norte.*

Minki había cursado una asignatura de conducción profesional en la academia. Como sufría apego por la adrenalina, hacía

unos años, le había prometido a Jaebyu ser menos temerario, razón por la cual era Sungguk el que mayoritariamente conducía.

No quiero perderte, le había dicho esa tarde.

Apretó el acelerador con fuerza. Después de todo, no había sido Minki quien rompió primero su promesa.

Como todavía sentía el manubrio pesado y con tendencia a desviarse hacia un costado, quitó el pie del acelerador y apretó el freno al tomar una curva. Sintió el pedal suelto. Tuvo que hundir el pie hasta el fondo para lograr disminuir la velocidad. Los frenos debían tener agua, así que bombeo el pedal de forma corta, rápida y consecutiva para secarlos. Entonces, captó el color rojo en el panel: estaba encendido el ícono del líquido para frenos y el aviso de que tenía un neumático desinflado. Comprobó la presión de las ruedas, la delantera derecha marcaba apenas 15 PSI.

Llevó la mano a la palanca de cambios para intentar frenar con ella. Soltó una maldición alta.

—¿Pasa algo? —quiso saber Sungguk.

Minki apretó nuevamente el freno hasta el fondo.

—Es automático —gruñó.

—Sí, renovaron las camionetas hace unos meses —dijo Sungguk como si no hubiese sido Minki el que firmó la recepción del nuevo automóvil.

Odiaba el sistema automático, le daba menos control sobre el coche.

—Ajusta tu cinturón —avisó Minki.

La patrulla empezaba a perder velocidad al no mantener el pie sobre el acelerador, en tanto la camioneta blanca ganaba distancia. Sungguk la apuntó con ambos brazos, todavía sostenía la radio en una mano.

—¿Qué haces? ¡Se aleja!

Maniobró con mucho cuidado la siguiente curva. Se imaginó que la camioneta no iba a tomar la carretera, ya que lo volvería más visible cuando ya les había ganado distancia.

—Alguien bombeó el líquido para frenos y nos pinchó una rueda —comentó Minki con sencillez. El velocímetro marcaba los sesenta kilómetros—. El auto no está frenando bien porque no tenemos líquido suficiente y tampoco puedo controlarlo por la rueda sin aire, así que no nos pondré en peligro.

Sungguk posicionó un brazo sobre la guantera para sujetarse.

—10-34. Patrulla 615 se retira. Líquido de frenos manipulado por terceros y rueda pinchada.

—10-4 —contestó quien parecía ser Eunjin, el jefe de ambos—. Patrulla 611 en camino. ¿Lesionados?

—Negativo.

—10-10, patrulla 615.

Los sacaron de servicio.

Sungguk no alcanzó a apretar el comunicador antes de que llegara el último mensaje.

—¿Cómo un civil logró manipular el líquido para frenos si el capó se abre desde el interior? —no hubo respuesta por su parte—. Ya veo. Resguarden la escena mientras llegan los detectives, después los quiero en la división completando la ficha de inspección. Sin protestas, oficial Jong. No vuelvan a cometer otro error.

La patrulla logró frenar casi por completo, todavía manteniendo la velocidad base de los coches automáticos. Tras apretar el freno a fondo y con fuerza, Minki logró detenerla. Cambió de inmediato a *parking*, apretó el freno de mano y apagó el motor. Quedaron estacionados a un costado de la calle, la camioneta blanca ya había desaparecido en la distancia.

Minki golpeó el volante frustrado.

—Se te quedó la patrulla abierta, ¿cierto? —cuestionó Sungguk con expresión burlesca.

—Fuiste tú quien dejó la puerta entreabierta —se quejó Minki.

—Por eso te eligieron jefe, para evitar que yo cometa este tipo de errores.

—Ser padre no te ha hecho madurar nada.

La sonrisa de Sungguk dejaba al descubierto sus dientes delanteros, que eran algo más grande que el resto.

—Solo me ha quitado horas de sueño —fue su respuesta—. Además, igual nos habían pinchado la rueda, no habríamos llegado mucho más lejos.

Minki dio un largo suspiro.